

Las creencias religiosas a la luz del Socialismo

Manuel Espinoza Orellana

La campaña presidencial nos impone una serie de sugerencias en torno a problemas superestructurales, que consideramos necesario analizar con espíritu de síntesis histórica. Uno de estos problemas corresponde al de nuestra actitud de marxistas ante las creencias religiosas de diversos sectores populares. Y el problema, reside fundamentalmente en la profusa propaganda de la candidatura derechista, que tiende a desvirtuar tendenciosamente el verdadero sentido de nuestra ubicación ante la religión en general, y ante sus distintas formas de manifestarse.

La candidatura demócratacristiana-liberal-conservadora del señor Eduardo Frei, se proyecta insidiosamente en contra del movimiento popular, intentando dar una imagen deformada del contenido programático e ideológico de la candidatura del compañero Salvador Allende y expresa entre otras cosas, que el ateísmo marxista de los partidos socialista y comunista, es un serio peligro para la conciencia religiosa de vastos sectores de creyentes de nuestra población.

Hay en esta acusación de la derecha, un desconocimiento evidentemente intencionado. Queremos por lo tanto expresar nuestro punto de vista sobre la materia, desde nuestra perspectiva marxista.

En primer lugar, declaramos enfáticamente que para las fuerzas políticas que dan orientación al movimiento popular en nuestro país, el problema religioso no existe, en cuanto factor fundamental que polarice y divida a los grandes sectores de la población. El problema básico de las fuerzas populares en Chile, como en cualquier país de Iberoamérica o de otras regiones subdesarrolladas y co-

loniales en el mundo, es el problema económico-social. En torno a la búsqueda de una solución radical para este problema, no sólo es posible unir a los grandes conglomerados sociales, secularmente postergados en sus grandes aspiraciones de bienestar, indiferente de cuáles sean sus creencias religiosas, sino también convertir esta unidad en una sólida y profunda conciencia colectiva proyectada en pos de un ideal de justicia y libertad.

Es este un fenómeno que se viene manifestando en los últimos 50 años, como consecuencia de una serie de factores que en el actual momento están determinando el desplazamiento vertiginoso de la realidad material y social del planeta, hacia una nueva etapa de su acontecer histórico. En estos instantes el acercamiento de los más distantes puntos de la tierra; la relación inmediata y simultánea de lugares separados por cientos y miles de kilómetros, que expresan inclusive a través de la televisión y del cine diversas formas y niveles de vida, ha descartado definitivamente toda posibilidad de aislamiento de determinadas regiones geográficas y centros poblacionales, impidiendo detener y controlar la influencia de las informaciones que despiertan inquietudes y aspiraciones en los grandes grupos postergados.

Los avances de la ciencia incorporados al desarrollo de la técnica, constituyen un factor de progreso que ha venido a golpear violentamente la conciencia de los pueblos retrasados, operando un despertar vertiginoso de apetencias sociales de bienestar. Las formas de vida de los pueblos en los países altamente industrializados, se las representan a través del cine y la televisión como una

realidad concreta de carácter material, de la que no desean ya estar ausentes; y la comparación con sus propias formas de vida inicia en sus conciencias la elaboración de un sentimiento de rebeldía que se alimenta en la certeza, de que un proceso de explotación sistemática los ha mantenido durante un largo tiempo en un ambiente de miseria y degradación social.

Ante esta tremenda evidencia que azota la conciencia colectiva de los pueblos postergados, la problemática religiosa viene a constituir en sus mentes un asunto personal que atañe a cada uno de los individuos, pero que no puede contradecir el carácter de su lucha social colectiva en demanda de mejores niveles de vida. Y así, para ellos es indiferente el que la obtención de estos cambios profundos en su existencia material, vengan en nombre de tal o cual ideología, o de tal o cual credo religioso. Lo importante para ellos es que haya una solución a corto plazo de su miseria, de su analfabetismo, de sus lacras sociales.

II

El marxismo, que constituye un método para la interpretación de los procesos sociales y materiales, tiene un punto de vista bien claro y concreto frente a la religión en general, y frente a los diversos credos religiosos. Ello no obsta para que los marxistas adopten una actitud de amplio respeto y tolerancia hacia las creencias religiosas de determinados sectores dentro de la actual sociedad burguesa. Y esta actitud de respeto no es exclusiva hacia los sentimientos religiosos de cada persona, sino más bien general para toda conciencia individual. Es una posición que emana de nuestro convencimiento profundo, de que el hombre de nuestra sociedad contemporánea, sólo es tal en cuanto se expresa como una conciencia integradora de su propio ser; conciencia que emergiendo de su vida social, adquiere los elementos de su individualidad en la expresión de sus propias formas de sentir. Existe en la formación de todo marxista, un genuino sentimiento de respecto hacia la conciencia individual de cada hombre, afirmada en la noción exacta de un verdadero humanismo. La fuerza motriz de un partido marxista reside en la convicción, de que es necesario básicamente transformar las estructuras económico-sociales de la sociedad, para promover cambios en la conciencia individual de cada persona. No se puede transformar ni mejorar al hombre, sin transformar la sociedad en que vive, puesto que es

el producto de ella. De esto se infiere que el marxismo, no busca cambiar el contenido ideológico y conceptual en la conciencia de cada individuo, coartando su libertad de expresión o prohibiéndole la práctica de determinados credos. Ello constituiría una actitud antimarxista negadora de los supuestos fundamentales de la doctrina. Por el contrario, se trata de que el marxismo reconozca científicamente la existencia de una sociedad, cuyas condiciones materiales y sociales se manifiesten en una realidad concretamente comprobada y válida en el instante de la acción. Dentro de dicho ambiente, se reconoce por lo tanto la expresión de diversos modos de concebir el mundo y la sociedad en que se vive, cuya validez para quienes los sustentan permanecerá enraizada en sus más íntimas creencias, mucho tiempo después de operado un cambio en las relaciones sociales y materiales de dicha sociedad. Y si la permanencia de este conjunto de ideas y creencias, de sentimientos religiosos gestados y realizados al calor de las relaciones sociales determinadas por la sociedad en que vivimos, se manifiesta como un proceso natural dentro de una etapa de transición hacia una nueva convivencia social, lo lógico es que dicho proceso cumpla el ciclo total de su propia proyección histórica, hasta desembocar en una nueva síntesis superadora del estado anterior, en la que se manifieste solucionado dialécticamente, el problema ideológico de la nueva sociedad.

Esto quiere decir, que el enfoque marxista de una realidad social, no deja lugar a la imposición de un régimen de coerción de la conciencia pública y privada. Toda medida de esta naturaleza sería antimarxista, es decir, iría contra la propia doctrina. Lo fue el Stalinismo, y todos sabemos cómo devino en un proceso deformador del desarrollo interno en la construcción del socialismo en la URSS. El marxismo no plantea ni puede plantear dado su enfoque esencialmente científico, ninguna clase de restricción en la libre expresión de la conciencia individual, como una táctica premeditada para lograr una total adecuación mental hacia los postulados de la revolución. El control que en determinadas circunstancias debe verificarse sobre ciertos órganos de difusión propagandísticos con manifiesta tendencia a menoscabar los intereses del gobierno popular constituido, corresponden a medidas defensivas del propio gobierno popular, que tienden a preservar al movimiento, de la introducción de agentes disociadores y provocadores en su seno, cuyas metas fueran

crear un sentimiento contrarrevolucionario afecto a los intereses de la minoría desplazada. Pero la expresión sana de la conciencia social e individual, que se manifiesta en la formulación de ideas y creencias, o sentimientos religiosos, aunque dichas formulaciones formen corrientes de opinión y polarización de sectores, es evidente que deben ser y serán respetadas plenamente en su proyección hacia el medio social, garantizándose la absoluta libertad de conciencia.

Por el contrario, en la actual sociedad burguesa, en que permanentemente se está hablando del respeto a los valores de la persona humana como conciencia individual; en que se llenan páginas y páginas de los diarios dedicando artículos y editoriales para exaltar el culto a la libertad de expresión y a todas las libertades denominadas públicas, podemos comprobar cómo el exceso de teorización acerca de esta materia, esconde la más repugnante de las falsedades en cuanto se utilizan todos los recursos coercitivos del estado para impedir la difusión de determinadas ideas contrarias al régimen existente, recurriéndose a leyes maquiavélicamente concebidas, que formalmente no vulneran la pseudo-constitucionalidad democrática de algunos sistemas de gobierno, para imponer sanción a la libre expresión del pensamiento escrito. Y por lo demás, en los países altamente industrializados, las grandes corrientes de opinión son modeladas y encauzadas más o menos rígidamente por los poderosos órganos de publicidad controlados por los grandes empresarios monopolistas. Estas grandes empresas se especializan en estimular las inclinaciones del gran público, orientándolo hacia el consumo no sólo material sino también intelectual y afectivo. Se provoca de esta manera el control de la conciencia colectiva e individual de los grandes sectores poblacionales, tornándolos inofensivos al régimen imperante.

De estos grandes países centro-productores salen luego los slogans de moda que se reparten por el mundo subdesarrollado y colonial, creando imágenes y figuras intelectuales, que se imponen a las masas como ideales a alcanzar. Algunos de ellos, "Cultura Occidental Cristiana", "Democracia Representativa", "Revolución en Libertad", "Alianza para el Progreso", se proyectan a la faz de los grandes conglomerados sociales, insistentemente repetidos, como la propaganda de la pasta dentífrica "Colgate" y del jabón "Lux". El objetivo es crear una conciencia social acerca de las bondades de los productos ofertados. Y el humilde obrero de las minas o de la fábrica;

el campesino que trabaja de sol a sol la tierra del latifundista; el pobre empleado atado al yugo de un escritorio que sólo le produce ceguera prematura y estagnamiento de sus capacidades potenciales por falta de estímulos; el profesor que no tiene escuela donde practicar su apostolado; el médico que ve desesperado subir amenazadoramente los índices de mortalidad infantil sin recursos para contenerla; la mujer del obrero, del campesino, del empleado, del profesional, que constata diariamente la enorme tragedia de ser la compañera de un hombre esforzado que se afana titánicamente dentro de un medio inestable, sin destino, sin proyección hacia el futuro, deben creer en las bondades de lo que la derecha llama "democracia representativa" y desearla como una forma institucional permanente del estado, en circunstancias de que el contenido de dicha representación está expresado en el fracaso más elocuente que todos los sectores populares están constatando a través del diario vivir. Así, sucesivamente, la gran empresa publicitaria del orden burgués capitalista, pretende mantener un rígido control sobre la conciencia pública y privada, en beneficio evidente de una minoría rectora y monopolista. ¿Cómo pueden luego hablar ellos de respeto a la conciencia individual? ¿Cómo pueden reclamar para sí el nombre de defensores de las libertades públicas?

III

Las religiones en general constituyen fenómenos sociales cuya manifestación histórica está enraizada y entrelazada al desarrollo mismo de la conciencia social del hombre. No podemos por lo tanto negar la importancia de su presencia en la evolución histórica de la humanidad. Consideramos además, que las relaciones sociales caracterizadas por un sistema económico que consagra legalmente la explotación sistemática del trabajo asalariado, con su corte de miseria, analfabetismo, promiscuidad y degradación moral y social, se desenvuelven en un ambiente propicio a un estado de inseguridad, pesimismo y desesperanza, que hace al hombre buscar un refugio a su desorientación, que le dé una salida y una luz por donde proyectar su esperanza. Y busca más allá de los límites materiales y sociales de su existencia, en los arcanos misteriosos de una trascendencia intuida ante la grandiosidad del universo, la posibilidad de una respuesta y de una solución a sus problemas que empieza a considerar enlaza-

dos a una imagen de su propio destino personal, en el que los conceptos de culpa, castigo y fatalidad tienen una fundamental importancia.

Enraizado a este ambiente de contradicciones y ambigüedad aflora en el hombre un sentimiento de lo sagrado que se va afirmando en las diversas instituciones de la superestructura social, y una de cuyas proyecciones se expresa en las concepciones religiosas. Este sentimiento de lo sagrado, que puede definirse como sentimiento trascendental de lo absoluto, o de lo infinito inconocido, da de sí una serie de rasgos esenciales que caracterizan en los individuos actitudes de la más genuina nobleza. Ejemplo de ello es el idealismo desinteresado de algunos hombres, que se dedican de por vida a determinadas causas que para ellos son inaplazables y que consideran la cruzada de salvación de todo el género humano. Es decir, que este sentimiento de lo sagrado es aportador indiscutible de valores sociales y morales, independiente de la influencia que en ellos pueda ejercer una concepción religiosa. Constituye más bien un estado de conciencia a través del cual se manifiesta una acción individual orientada en sentido de trascendencia.

El sentimiento religioso en cambio, cumple una finalidad más limitada. Busca una causa a la existencia del mundo y del hombre. Y como esa causa es Dios, ser trascendente cuya existencia es comprobada sólo por un acto de fe, se deducen de él todas las relaciones del hombre con las cosas y con sus semejantes.

En toda religión existen 3 factores básicos: Un credo, una Iglesia y un código moral. Un credo, es un sistema de creencias acerca de la trascendencia divina, afirmado en una ideología especulativa de carácter metafísico. Una Iglesia, que representa por una parte como institución social, al conjunto de los fieles o creyentes que participan de una religión, denominándose además así al lugar material o edificio en que se celebran los ritos fundamentales de la religión y en que se congregan los fieles para orar. Y un código moral que fluye como lógica consecuencia del credo religioso, expresado en un conjunto de normas de conducta, de prohibiciones y de recomendaciones cuya alteración trae por consecuencia la sanción institucional y el castigo divino.

Entre estas instituciones religiosas, y desde un punto de vista histórico, es indiscutible que la Iglesia Católica ha jugado un papel fundamental en el mundo de occidente desde

la fecha de su fundación hasta nuestros días. Podría decirse que a partir del siglo 5º de la denominada era cristiana, y con el desplome definitivo del Imperio Romano, la Iglesia Católica viene a constituir un factor histórico esencial en la conformación de la conciencia social de occidente hasta el siglo 19. Su poder temporal llegó a convertirse en un arma de tales proporciones, que gravitó indiscutiblemente en todas las grandes decisiones políticas de Europa, contradiciendo ininidad de veces los principios de su doctrina, en defensa de sus propios intereses materiales.

Hay evidentemente una gran contradicción en el seno mismo de la Iglesia Católica. Esta contradicción está determinada por la diferenciación de intereses económicos diversos imposibles de reconciliar. Por una parte están los intereses de una gran mayoría de católicos, hombres del pueblo, trabajadores humildes que reflejan una fe religiosa basada en los postulados del cristianismo, y que se manifiestan fieles a la Iglesia en cuanto ella puede ser el sostén de estos postulados. Y por otra parte, los intereses de pequeños sectores ultrarreaccionarios, que ven en la Iglesia la posibilidad de defender sus cuantiosos bienes materiales, utilizándola como un instrumento contrarrevolucionario oponente al proceso de avance de los pueblos. Esgrimen así la religión como el freno más poderoso a la conciencia individual de los grandes sectores populares.

La presencia de la Iglesia Católica en América Latina, desde comienzos de la colonización por los españoles en el siglo 16, ha sido evidentemente negativa. Ella fue el soporte más calificado del régimen de explotación feudal de la tierra. Su obra evangelizadora se proyectó abierta en una doble función. Por un lado, atrajo hacia el seno de la Iglesia y hacia el cristianismo católico a la naciente comunidad iberoamericana; y a la vez, se establece con ello un principio de control de la conciencia colectiva de los sectores mayoritarios de la población, predicando la resignación ante la servidumbre feudal y ante los sacrificios materiales y sociales que pesan sobre las clases humildes. Justifica piadosamente la explotación masiva de los pueblos, interpretando sus efectos como pruebas enviadas por el Señor a sus hijos en la tierra, única forma de ganar el Reino de los Cielos y la vida eterna.

La verdad es que la Iglesia Católica, habiendo podido ser en función de su doctrina un factor determinante de progreso social, demostró contrariamente su condición de

institución política al servicio de los intereses más reaccionarios. Durante 400 años, supo mantener en Iberoamérica, un ambiente social proclive al estado de servidumbre en que se encuentra el campesinado y las clases sociales más modestas de nuestra sociedad.

IV

Esa maquiavélica sabiduría de la Iglesia Católica, que le ha permitido a través de 20 siglos de existencia, superar las crisis históricas más profundas de la humanidad, uniéndose siempre a los vencedores que se postulan como la nueva clase dirigente, está en estos instantes del siglo 20 manifestándose en la nueva actitud asumida ante los graves problemas que afectan a la sociedad. Y es así como la vemos utilizar el lenguaje que hasta hace 10 años era privativo exclusivamente de los sectores políticos genuinamente revolucionarios. Y la Iglesia habla ahora de Reforma Agraria, de transformaciones estructurales, y que no es posible esperar la "justicia divina", cuando no se ha implantado en el mundo la justicia social y material que signifique acabar con la pobreza de las grandes mayorías. Es un lenguaje a tono con el momento actual, pero que en el fondo significa, que el avance del proceso revolucionario desatado por los pueblos subdesarrollados y coloniales se manifestará incontrollable, a menos que la Iglesia transforme su lenguaje y su acción, adecuándolo a las necesidades del presente, en un intento de obtener con su presencia la posibilidad de un frenamiento decisivo de la acción revolucionaria de estos pueblos. Intérpretes y representantes de este nuevo espíritu de la Iglesia, son evidentemente los partidos demócrata-cristianos, cuya acción política en los países de Europa y América en que han logrado el control del gobierno, da una prueba irrefutable de la falsedad de sus postulados revolucionarios.

Pero en nuestro país, y a propósito de la campaña electoral que estamos cumpliendo, se ha manifestado el sentimiento que anima a los vastos sectores de católicos de nuestro pueblo. Ellos han comprendido, a través de la miseria y la explotación agudizadas en los últimos años por el régimen del señor Jorge Alessandri, que no es incompatible creer en Dios y en el cristianismo, y luchar por obtener un gobierno popular, que sea garantía de justicia social y de convivencia democrática. Ellos se han dado cuenta también, que

gravita dentro de la Iglesia un sistema de intereses materiales distinto al de ellos, que la impide erigirse en defensora sincera de las clases humildes en sus intereses inmediatamente temporales. Es por ello además, que la gran mayoría del pueblo chileno ha rechazado entregar su confianza y su acción social al Partido Demócrata Cristiano, porque sabe que es la avanzada política de la Iglesia en demanda de la salvación no ya de las almas, sino de los bienes más terrenales de un grupo de privilegiados, que espera por su intermedio mantenerse en el poder. Y el Movimiento Católico Allendista viene a demostrar de manera clara y precisa cuál es el sentimiento que anima a este gran sector de nuestro pueblo y cuál es el punto de vista objetivo y veraz que tiene acerca de sus problemas materiales y espirituales. Se puede creer en Dios y respetar la imagen de Cristo, sin que por ello se vaya a invalidar el derecho a la acción social y política en demanda de soluciones reales para problemas que son materiales y sociales.

El programa del FRAP es una garantía de respeto a la personalidad de cada integrante del pueblo. Se trata de redimir económicamente al trabajador chileno, de sacarlo de su ambiente de miseria y explotación que le hace perder minuto a minuto su condición de ser humano; de recuperarlo del estado de alienación en que se encuentra, en el que no obtendrá salvación ni siquiera en sus sentimientos religiosos, porque hasta éstos pierden su fuerza y profundidad cuando la postración económica y social hace perder al hombre su condición de ser consciente. Queremos recuperar al hombre para sí mismo y para la sociedad, y el programa de la Candidatura Popular representa en el fondo, la obtención de esta suprema aspiración de nuestro movimiento.

Deseamos modificar el ambiente político y económico de Chile, para elevar el nivel de vida del pueblo y dignificar a cada hombre en su esencia fundamental de ser humano. Porque en el nuevo orden social que aspiramos imponer como gobierno, el hombre perderá la condición de medio que le impone el actual sistema, para constituir un fin, en su calidad de ser social e individual. Esto significa un cambio profundo en la valoración esencial de la existencia; llenar de un nuevo contenido el sentido de la vida y de la acción social, para crear un ambiente del que emergerá un hombre humanizado, liberado de toda alienación, ejercitando su conciencia y su pensamiento en las múltiples manifestaciones

de la cultura, sin limitaciones de clase que entorpezcan la libre proyección de su existencia.

El programa del FRAP representa la liberación social del hombre chileno y la imposición de un verdadero humanismo. Porque el único humanismo, es el que fluye de una convivencia social basada en un desarrollo económico justo, orientado hacia el bienestar general de toda la población. No puede haber libertad donde no existen las más mínimas condiciones para la realización humana del individuo. La libertad es un hecho concreto del hombre y no una actitud metafísica del espíritu o un sentimiento puramente intelectual. La libertad la realizamos y ejercitamos de manera concreta en la acción social, en la medida que nos despojamos de nuestras

necesidades materiales, y mejor dicho, en la medida que podemos resolver nuestros problemas de existencia material. Así la libertad en su definición más justa, es conciencia de la necesidad. En cuanto nos hacemos conscientes de las causas que originan nuestros problemas, estamos en el camino de sus soluciones, y por lo mismo, iniciamos el descubrimiento de nuestra propia libertad.

El gobierno popular que iniciaremos el 4 de Noviembre con Salvador Allende, se constituye para nosotros en una esperanza y en una certeza. En la esperanza de un nuevo destino para Chile que todos contribuiremos a realizar; y en la certeza de que iniciaremos la etapa de una nueva convivencia social, fundamentada en el humanismo como suprema aspiración.

Prensa Latinoamericana S. A. presenta en

COLECCION DOCTRINAS SOCIALES

el libro del profesor y conocido escritor, JULIO CESAR JOBET

LOS FUNDAMENTOS DEL MARXISMO

en su 4ª edición

Valor del ejemplar E° 3,50

Descuentos desde 5 ejemplares

Solicítelo en: Estado 360 - Of. 6

Librería Latinoamericana, San Martín 136